

JOHAN
NORBERG

EL
MANIFIESTO
CAPITALISTA

Por qué el
libre mercado
global salvará
al mundo

El manifiesto capitalista

Por qué el libre mercado global
salvará al mundo

JOHAN NORBERG

Traducción de Javier Guerrero



EDICIONES DEUSTO

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *The Capitalist Manifesto*

© Johan Norberg, 2021, 2023

© de la traducción: Javier Guerrero, 2024

© Centro de Libros PAFP, SLU., 2024

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAFP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Diseño de cubierta: Sylvia Sans Bassat

Primera edición: febrero de 2024

Depósito legal: B. 339-2024

ISBN: 978-84-234-3676-7

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España



Sumario

Prefacio. ¿Qué les pasó a Reagan y a Thatcher?	11
1. La vida bajo el capitalismo salvaje	25
2. Al servicio mutuo.	57
3. El silencio de la sirena de la fábrica	89
4. En defensa del 1 por ciento	123
5. ¿Monopoly o Minecraft?	149
6. Elegir perdedores	181
7. China, tigre de papel.	203
8. Pero ¿qué pasa con el planeta?	227
9. El sentido de la vida	257
Epílogo. El concurso de canto del emperador	285

La vida bajo el capitalismo salvaje

[A partir de 1990], el capitalismo se vio de repente libre para caer a su forma más salvaje.

NAOMI KLEIN⁷

Hace veinte años, comencé *En defensa del capitalismo global* con un capítulo sobre cómo el mundo estaba mejorando más deprisa que nunca. Cuestioné la percepción popular de que el mundo empeoraba, se volvía más peligroso e injusto, y que los pobres eran cada vez más pobres. En 1999, el Banco Mundial afirmó que «la pobreza en el mundo ha aumentado y las perspectivas de crecimiento de los países en desarrollo han disminuido». El famoso activista estadounidense Ralph Nader declaró: «La esencia de la globalización es una subordinación de los derechos humanos, medioambientales y democráticos a los imperativos del comercio y la inversión a escala global». O como resumió el arzobispo de Suecia el estado del mundo: «[...] nuestro trayecto con-

7. Klein, Naomi, *The shock doctrine: the rise of disaster capitalism*, Allen Lane, p. 252, Reino Unido, 2007. [Versión en castellano: *La doctrina del shock: el auge del capitalismo del desastre*, Barcelona, Paidós, 2007.]

duce directamente al infierno».⁸ Por el contrario, yo hablé del extrañamente no anunciado progreso que veía en los países pobres que habían empezado a liberalizar sus economías y que mejoraron en ingresos, producción agrícola, nutrición, sanidad, vacunación y educación.

No me fue fácil obtener esa información. Por alguna extraña razón, las organizaciones internacionales financiadas con impuestos seguían prefiriendo mantener en secreto los datos que habían recabado. Pasaron cuatro años antes de que se fundara Gapminder y de que Hans Rosling empezara a llenar las lagunas de nuestro conocimiento sobre el progreso mundial de una forma divertida y fácilmente accesible, y diez años antes de que Max Roser creara Our World in Data, que recopila una increíble cantidad de estadísticas de fácil manejo.⁹ Aun así, lo que encontré bastó para impresionarme y cambiar por completo la visión del mundo con la que crecí.

Me fascinó particularmente el hecho de que la pobreza extrema mundial, al contrario de lo que afirma el Banco Mundial pero según sus propios datos, parecía haber disminuido del 38 al 29 por ciento en la década de 1990.¹⁰ Expliqué que la pobreza seguía disminuyendo con rapidez y presenté una previsión extremada-

8. Estas palabras pesimistas del Banco Mundial aparecían en los prefacios de muchos de los documentos e informes de la institución en 1999 y 2000, por ejemplo, su «1999 review of development effectiveness», Banco Mundial, 1999. Nader citado en Wells, Gary; Shuey, Robert, y Kiely, Ray, *Globalization*, Novinka, p. 23, Estados Unidos, 2001. Arzobispo K. G. Hammar, entrevistado en *Arena*, 6 (2000).

9. Recomiendo mucho estas minas de oro que han revolucionado el acceso al conocimiento.

10. En la primera edición indiqué el 29 y el 23 por ciento, respectivamente, pero desde entonces el Banco Mundial ha elevado su definición de pobreza de un nivel de consumo de 1,2 a 2,15 dólares al día, ajustado a la inflación y a los precios locales. En este libro, utilizo sistemáticamente este nuevo nivel de pobreza más elevado. Los datos sobre la pobreza mundial proceden de PovcalNet del Banco Mundial, <<http://iresearch.worldbank.org/PovcalNet/>>, su Plataforma sobre Pobreza y Desigualdad, <<https://pip.worldbank.org/>>, y Banco Mundial: «Correcting course: poverty and shared prosperity 2022», Grupo del Banco Mundial, 2022 [versión en castellano online: <<https://openknowledge.org>

mente optimista de que podría reducirse a la mitad en 2015. La previsión se superó con creces. En 2015, la pobreza extrema rondaba el 10 por ciento.

Entre 2000 y 2022, la pobreza extrema disminuyó de forma nunca antes vista: del 29,1 por ciento de la población mundial al 8,4 por ciento. (En 1984, esa cifra se situaba por encima del 40 por ciento.) Por primera vez en la historia, menos de una de cada diez personas era pobre. A pesar de que la población mundial aumentó en más de 1.500 millones de personas durante ese período, el número de pobres disminuyó en más de 1.100 millones. Esto es lo más grande que jamás le haya ocurrido a la humanidad. Las incesantes penurias que la mayor parte de ella ha sufrido a lo largo de su existencia han retrocedido más rápido que nunca y en más lugares que nunca. Es un hecho tan notable que debo admitir que me resulta difícil tomar en serio a los autores y expertos que no lo toman como punto de partida central a la hora de analizar nuestro tiempo.

Una objeción común es que esta reducción de la pobreza no es real porque «se limita a China». Es un poco extraño desestimar un país donde vive uno de cada cinco habitantes del mundo cuando se habla de desarrollo global. Además, no es correcto. Incluso si se elimina a China del conjunto de datos de 1990-2019, la pobreza mundial se ha reducido en casi dos tercios, del 28,5 por ciento a alrededor del 10 por ciento.

Durante la era de la globalización, el desarrollo de los países más pobres del mundo ha sido tan fuerte que la pobreza extrema en Asia oriental, Asia meridional, Latinoamérica y Oriente Próximo es hoy inferior a la que había en Europa occidental en 1960, una época que hoy recordamos como el *boom* de la posguerra. Sólo en el África subsahariana la pobreza es mayor que la que había en Europa occidental en 1960.¹¹

worldbank.org/server/api/core/bitstreams/972eca5c-861c-5e4c-9962-717f4cd22e58/content].

11. Moatsos, Michail, «Global extreme poverty: present and past since 1820», *How was life, part II: new perspectives on well-being and global inequality since 1820*, OCDE, 2021.

El economista y premio Nobel Angus Deaton ha escrito: «Algunos sostienen que la globalización es una conspiración neoliberal diseñada para enriquecer a unos pocos a expensas de la mayoría. En ese caso, esa conspiración fue un fracaso desastroso; o ayudó a más de mil millones de personas como consecuencia imprevista. Ojalá las consecuencias imprevistas funcionaran tan favorablemente».¹²

Otros indicadores que he examinado han seguido mostrando mejoras muy rápidas, en parte porque la tecnología se ha abaratado y porque el poder adquisitivo local ha aumentado.¹³ Entre 1990 y 2020, la proporción de niños que mueren antes de los 5 años disminuyó del 9,3 al 3,7 por ciento. A pesar de que la población actual es mucho mayor, esto significa que cada año mueren casi 7,5 millones de niños menos que a principios de la década de 1990.¹⁴ Durante el mismo período, la mortalidad materna se redujo en más del 55 por ciento.

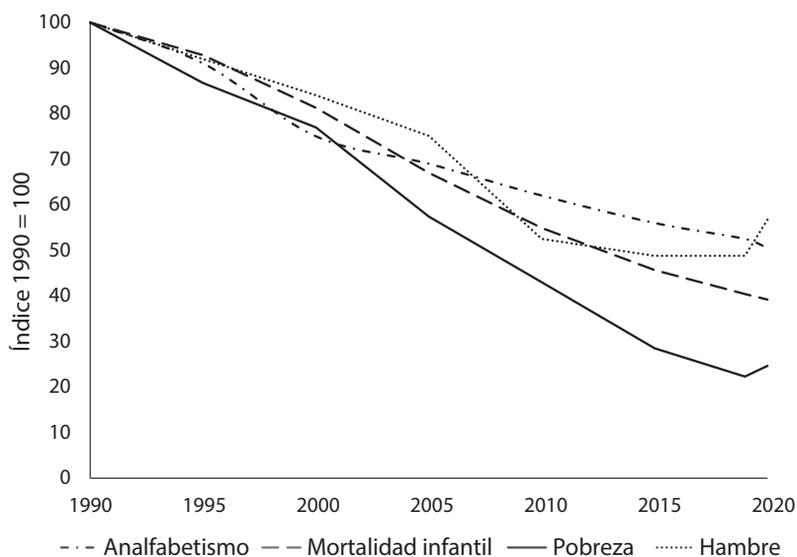
La esperanza de vida mundial aumentó de 64 años a casi 73 entre 1990 y 2019. La proporción de la población mundial que recibe educación básica se ha disparado, y las tasas de analfabetismo se han reducido casi a la mitad: del 25,7 al 13,5 por ciento. En el grupo de edad de 15 a 24 años, el analfabetismo apenas supera ahora el 8 por ciento. Entre 2000 y 2020, el trabajo infantil en el grupo de edad de 5 a 17 años disminuyó globalmente del 16 por ciento a algo menos del 10 por ciento.¹⁵

12. Deaton, Angus, «Thinking about inequality», *Cato's Letter*, 15, 2 (2017).

13. Las siguientes cifras proceden de los indicadores de desarrollo del Banco Mundial, <<https://databank.worldbank.org/source/world-development-indicators>>. [Para más información sobre estas estadísticas y en qué se basan, véase: Norberg, Johan, *Progreso: 10 razones para mirar al futuro con optimismo*, Deusto, Barcelona, 2017.]

14. Véase: <<https://data.unicef.org/topic/child-survival/under-five-mortality/>>.

15. International Labor Office and United Nations Children's Fund: «Child labor: global estimates 2020, trends and the road forward», ILO y Unicef, 2021.

Gráfico 1.1. Progreso global (1990-2020)*

* Se trata de un gráfico de índice, en el que la proporción afectada en 1990 se fija en el cien por cien para seguir los cambios. Mis cálculos se basan en cifras de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, el Banco Mundial, la Unesco y la ONU, respectivamente.

Las tres décadas que siguieron a la de 1990 —cuando, según Naomi Klein, el capitalismo envolvió el planeta en su «forma más salvaje»— han visto mayores mejoras en las condiciones de vida que los tres milenios anteriores juntos. También han sido tres décadas difíciles, plagadas de guerras, crisis e injusticias. No estoy diciendo que la época haya sido inequívocamente buena, sólo que ha sido mejor que cualquier otra época que haya experimentado la humanidad.

La pandemia revirtió algunos logros, cuando el mundo se confinó y se bloquearon el comercio, la migración y la educación. Parece que la esperanza de vida retrocedió hasta los 71 años en 2021, y el número de personas en situación de pobreza extrema probablemente aumentó en casi 70 millones durante el primer año de la pandemia. Según diversas estimaciones sobre ingresos, pobreza y salud, el mundo retrocedió en el tiempo entre dos y tres años como consecuencia de la pandemia. Es difícil imaginar

una prueba más contundente y trágica de que el progreso depende de sociedades y economías abiertas que el desastre provocado por un bloqueo mundial. A partir de 2021, cuando el mundo empezó a abrirse, la pobreza extrema comenzó a reducirse de nuevo: en ese año, en 30 millones de personas.

La distribución del capitalismo

Podría decirse que una persona con miopía en un ojo e hipermetropía en el otro tiene, en promedio, una visión perfecta. Todas las cifras anteriores son promedios e incluyen países que se han quedado rezagados o que incluso se han hundido debido a guerras o dictaduras. Eso significa que el progreso ha sido superior en otros lugares. Estos países de éxito se encuentran en todos los continentes y en todos los ámbitos culturales. El único denominador común es que, por una u otra razón, han dado a sus ciudadanos un poco más de libertad para innovar, crear, trabajar, comprar y vender.¹⁶

Podemos comprobarlo observando cuándo y dónde despegaron históricamente las economías. Durante los primeros 1.800 años de nuestra era, el promedio de la renta media mundial apenas varió. Sin embargo, hace doscientos años, algo sucedió de repente en Gran Bretaña, que era entonces la economía más libre del mundo. La Revolución Industrial comenzó a generar un rápido crecimiento y la tasa de pobreza extrema británica se redujo a la mitad entre 1820 y 1850, un hecho sin precedentes. A Gran Bretaña la siguieron Europa occidental y Estados Unidos, que empezó a ocupar su lugar como la economía más libre. Las economías escandinavas comenzaron a liberalizarse a mediados del siglo XIX, y después tuvieron cien años de desarrollo económico más rápido

16. Los datos sobre el PIB per cápita de este capítulo están ajustados al poder adquisitivo y a la inflación. Para el período posterior a 1990, utilizo los Indicadores del Desarrollo Mundial del Banco Mundial, <<https://databank.worldbank.org/source/world-development-indicators>>. Antes de 1990, utilizo el Proyecto Maddison, una continuación de la ambiciosa serie de datos históricos elaborada por el historiador económico Angus Maddison, <www.rug.nl/ggdc/historicaldevelopment/maddison/>.

que cualquier otro país, con la excepción de Japón, que abrió su economía tras la Restauración Meiji de 1868 y redujo la pobreza del 80 por ciento a poco más del 20 por ciento en medio siglo.¹⁷

En cambio, la mayor parte de los países del sur y del este, sometidos a líderes autoritarios y amos coloniales con economías dirigidas, se estancaron. El famoso sociólogo Max Weber se sintió obligado a escribir libros sobre por qué el confucianismo y el hinduismo dificultan la modernización de sociedades y economías. Nos acostumbramos a dividir el mundo en países industrializados y países en desarrollo: ricos y pobres.

Gráfico 1.2. PIB mundial per cápita entre los años 1 y 2020*



* Sí, está ajustado a la inflación, convertido a valores en dólares estadounidenses de 2011. Si protestas porque esto debe basarse en estimaciones heroicas y conjeturas que rozan la locura, tienes razón, pero incluso si contuviera enormes errores cada año, no afectaría a la apariencia general del gráfico.

Fuentes: Maddison, Angus, *The world economy: a millennial perspective*, OCDE, 2001; Maddison, Angus, *The world economy: historical statistics*, OCDE, 2003, y Maddison Project Database 2020.

17. Pueden encontrarse estimaciones de la pobreza histórica en países que ahora son ricos en Ravallion, Martin, *The economics of poverty: history, measurement and policy*, Oxford University Press, cap. 1, Estados Unidos, 2016.

Sin embargo, cuatro «tigres» de Asia oriental pronto trastocarían nuestra visión del mundo. La colonia británica de Hong Kong y la ciudad-Estado de Singapur hicieron lo contrario que todos los demás países y abrieron sus economías de par en par, sin barreras comerciales. Los expertos afirmaban que el libre comercio acabaría con sus pequeños sectores manufactureros, pero, por el contrario, se industrializaron a un ritmo récord y conmocionaron al resto del mundo al hacerse aún más ricos que el antiguo amo colonial, Gran Bretaña.

Taiwán y Corea del Sur aprendieron de ello y empezaron a liberalizar sus economías con resultados asombrosos.¹⁸ Su rápido crecimiento los llevó de pasar de estar entre los países más pobres del mundo a verse entre los más ricos en pocas generaciones. Fue un toque de atención mundial, porque era muy fácil confrontar lo que consiguieron los chinos de Taiwán en comparación con los de la China de Mao, y lo que crearon los coreanos del sur capitalista en comparación con los coreanos del norte comunista. A mediados de la década de 1950, Taiwán era sólo ligeramente más rico que China. En 1980, era cuatro veces más rico. En 1955, Corea del Norte era un país más rico que Corea del Sur. (Al fin y al cabo, era en el norte donde se encontraban los recursos minerales y de generación de energía cuando se dividió el país.) Hoy, Corea del Sur es un Estado veinte veces más rico que Corea del Norte.

Ya no era posible afirmar que sólo el mundo occidental podía enriquecerse gracias al capitalismo, de manera que se impuso un nuevo relato: aunque unos pocos países en desarrollo pudieran entrar en los mercados mundiales desde la periferia, sólo es porque son muy pequeños, casi insignificantes. Curiosamente, hoy en día a veces se oye lo contrario: que los países en desarrollo podrían lograrlo, pero sólo si son muy grandes.

18. Sí, también tuvieron episodios de sustitución de importaciones y política industrial —todos los países pobres los tuvieron—, pero durante un período más corto y de forma menos extensa que otros. Para un estudio de la importancia central de la apertura para estos países, véase: Panagariya, Arvind, *Free trade and prosperity: how openness helps developing countries grow richer and combat poverty*, Oxford University Press, Estados Unidos, 2019.

Esto se debe a la transformación de dos gigantes, China y la India, que durante décadas se vieron frenados por un déspota comunista, en el primer caso, y por una economía democrática pero estrictamente proteccionista, en el segundo. Por eso se decía que los chinos y los indios triunfarían en todo el mundo, salvo en China y la India. Pero entonces, en 1976, el dictador chino Mao Zedong, como dijo el economista estadounidense Steven Radelet, «cambió por sí solo y de forma drástica la dirección de la pobreza mundial con un solo acto: murió».

Su sucesor, Deng Xiaoping, empezó a aceptar la iniciativa privada a la que se dedicaban en secreto campesinos y aldeanos y la extendió a toda la economía. Por fin se dio rienda suelta a la creatividad y la ambición, y China creció a una velocidad récord. Curiosamente, intelectuales de todo el mundo —los modernos Max Weber— pronto explicaron que esto en sí no es tan extraño, ya que el confucianismo facilitó la modernización de la economía.

La India tardó un poco más, pero un economista indio, Parth Shah, me cuenta que el país empezó a observar lo que ocurría a su alrededor, en Taiwán, Corea del Sur y, de pronto, también en China: «Vimos que realmente cambiaron su modelo y tuvieron éxito en lo que habían hecho, y era hora de que la India aprendiera la lección».¹⁹

Eso fue decisivo en 1991, cuando una prosperidad financiada por la deuda se vino abajo y la reserva de divisas quedó reducida hasta tal punto que la India estuvo a tres semanas de quedarse sin dinero. La crisis llevó al entonces ministro de Finanzas indio, Manmohan Singh, a citar al romántico del siglo XIX Victor Hugo en el Parlamento: «Ningún poder en la Tierra puede resistirse a una idea cuyo momento ha llegado». La idea era dismantelar las barreras comerciales y las regulaciones asfixiantes que frenaban a la India y mantenían a la mitad de la población en la pobreza extrema.

En el pasado, los economistas hablaban con condescendencia de la «tasa de crecimiento indio» como si hubiera algún tipo

19. Entrevista con Parth Shah para el documental *India awakes*, 2015.

de complacencia incorporada a la tradición del país que impedía que la economía creciera más deprisa que la población. Tras las reformas de 1991 y las que siguieron, esa cultura cambió como por arte de magia, y el crecimiento despegó. Hoy, la renta media india triplica la de antes de las reformas, y la pobreza extrema se sitúa en sólo una quinta parte de los niveles anteriores.

Más o menos al mismo tiempo, el comunismo cayó finalmente en Europa central y oriental, pero su rivalidad económica con el capitalismo, por supuesto, hacía tiempo que se había decidido. Es fácil pensar que estos países nunca estuvieron cerca de las economías de mercado, pero, en 1950, países como la Unión Soviética, Polonia, Checoslovaquia y Hungría tenían un PIB per cápita aproximadamente un 25 por ciento superior al de países occidentales pobres como España, Portugal y Grecia. No obstante, en 1989, los Estados de Europa del Este no se les acercaban ni de lejos. La parte oriental de Alemania (RDA) era más rica que la occidental (RFA) antes de la Segunda Guerra Mundial; pero, cuando cayó el Muro de Berlín, el 9 de noviembre de 1989, el PIB per cápita de la RDA no llegaba ni a la mitad del de la RFA.²⁰

De estos países, los que más se liberalizaron son los que, por término medio, desarrollaron y establecieron con mayor rapidez democracias más sólidas. Un análisis de veintiséis países poscomunistas demostró que un aumento del 10 por ciento de la libertad económica se asociaba a un crecimiento anual un 2,7 por ciento más rápido.²¹ Las instituciones políticas y económicas han mejorado en mayor grado en los países de Europa central y oriental que ahora son miembros de la UE, sobre todo en los países bálticos, Estonia, Letonia y Lituania. Hoy forman parte de los países más libres del mundo y han triplicado con creces la renta media desde su independencia. Pero también se puede ob-

20. Boltho, Andrea; Carlin, Wendy, y Scaramozzino, Pasquale, «Will East Germany become a new Mezzogiorno?», *Journal of Comparative Economics*, 24 (1997).

21. Eicher, Theo S., y Schreiber, Till, «Structural policies and growth: time series evidence from a natural experiment», *Journal of Development Economics*, 91 (2010), pp. 169-179.

servar a un reformador reciente como Georgia. Se lo consideraba un caso perdido económico, pero tras la Revolución de las Rosas de 2003 casi triplicó la renta per cápita y redujo los índices de pobreza extrema en casi dos tercios.

Esta relación es perceptible en todo el mundo. El progreso económico y social no se produce porque un país sea pequeño o grande, y tiene mucho menos que ver con la religión y la tradición de lo que pensamos. (Las religiones y tradiciones son cuestiones complejas, y las sociedades las reinterpretan constantemente para que encajen en la cultura y la economía imperantes.) Es una cuestión de libertad. Cuando a la gente se le da un poco de libertad, empieza a desarrollar sus países y a hacer grandes progresos. La distribución desigual en el mundo se debe a la distribución desigual del capitalismo: la gente que lo tiene se hace rica; los que no lo tienen siguen siendo pobres.

¿Por qué no en Latinoamérica?

Latinoamérica ha sufrido durante mucho tiempo un fenómeno que puede denominarse crecimiento sin desarrollo: la economía y los ingresos de exportación crecen sin que la población en su conjunto mejore. Éste fue el resultado de un legado colonial que las élites nacionales no desarraigaron, sino que profundizaron en muchos aspectos, tras independizarse de España y Portugal. Las economías eran semif feudales, con una pequeña clase terrateniente protegida con enormes cantidades de tierra y una inmensa clase de trabajadores agrarios pobres y sin educación.

Los terratenientes pudieron ampliar su producción arrebatando más tierras a la población indígena y explotando la abundancia de mano de obra. Por lo tanto, nunca hubo incentivos para invertir los beneficios en mejor tecnología y en una agricultura más productiva. Al mismo tiempo, la discriminación, las regulaciones empresariales y la falta de educación frenaron el espíritu empresarial en otros sectores. Los intelectuales latinoamericanos de las décadas de 1950 y 1960, horrorizados por esta economía de hacienda basada en las materias primas y los productos agrícolas,

desarrollaron la «teoría de la dependencia», que sostenía que la salida era invertir en la «sustitución de importaciones», en la que el Estado evitaba la importación de productos con aranceles elevados y, a cambio, apoyaba la industrialización nacional con subvenciones y normativas. La cruel ironía es que esta política reforzó todos los problemas sobre los que habían advertido estos intelectuales.

Las empresas industriales ineficientes y protegidas podían ahora enriquecerse a costa de los consumidores pobres y las pequeñas empresas, por lo que la desigualdad aumentó todavía más. A principios de la década de 1960, los aranceles medios podían más que duplicar los precios y se complementaban con cuotas y otras barreras comerciales. Un camión argentino, que en realidad era básicamente un camión importado desmontado en la frontera y luego reensamblado, costaba casi un 50 por ciento más que el precio del mercado mundial. Un coche chileno podía costar tres veces más. En lugar de centrarse en la especialización y en las economías de escala, las empresas empezaron a fabricar casi cualquier producto en pequeñas series a un coste muy elevado por artículo.²²

A medida que las empresas se politizaban, las que querían prosperar tenían que involucrarse en la política, con el consiguiente aumento de la corrupción. Como las empresas nacionales no se vieron presionadas por la competencia para modernizar la tecnología y los conocimientos, los gobiernos tuvieron que atraer a empresas multinacionales que sí podían hacerlo, seducidas con promesas de nuevas protecciones y privilegios. Y, absurdamente, estas economías se hicieron aún más dependientes de la exportación de materias primas y productos agrícolas, ya que era la única forma de financiar la importación de maquinaria e insumos para economías cerradas con mercados internos reducidos.

Las industrias aún podían expandirse, pero era un crecimiento de la producción ineficaz y costoso, financiado cada vez

22. Gunnarsson, Christer, y Rojas, Mauricio, *Tillväxt, stagnation, kaos*, 2.^a ed., SNS, cap. 6, Estados Unidos, 2004.

más con préstamos de los mercados financieros mundiales. Ese camino se cerró cuando los tipos de interés internacionales subieron bruscamente y México se declaró en quiebra en agosto de 1982. Toda la región sufrió un colapso económico devastador que se ha resumido como «la década perdida». Casi en estado de pánico, un país tras otro, todos tuvieron que abandonar sus modelos económicos, sanear estructuras ineficaces y abrirse al mundo exterior. Como ironía final y espectacular, fue uno de los pioneros de la teoría de la dependencia, el sociólogo Fernando Henrique Cardoso, quien inició la liberalización de Brasil en calidad de presidente entre 1995 y 2002. «Para luchar eficazmente contra el hambre, es necesaria la ayuda, especialmente en los países asolados por la hambruna. Pero el hecho es que el comercio internacional, definido por un sistema justo y basado en normas de la OMC, es mucho más importante, no sólo para luchar contra el hambre, sino también para fomentar el desarrollo en todo el mundo», explicó finalmente el antiguo proteccionista.²³

Desde 1990, las economías latinoamericanas han empezado a crecer de nuevo, aunque con un legado de dependencia de las materias primas y una inestabilidad política que crea vulnerabilidades y volatilidad. Por fin ha empezado a disminuir la desigualdad en la región. En países como Brasil, Chile y Perú, la desigualdad de ingresos ha disminuido en torno al 10 por ciento. La pobreza extrema se ha reducido en tres cuartas partes.²⁴

Las economías más libres de Latinoamérica son Chile y Perú, que también han sido las más prósperas en las últimas décadas. A mediados de la década de 1970, Chile era más pobre que la media latinoamericana, pero, tras las reformas de mercado —primero bajo el brutal dictador Pinochet, pero luego con gobiernos democráticos de izquierda y derecha—, el país creció tan rápido que ahora es casi el doble de rico que la media.

23. Hassett, Sara Regine, y Weyd, Christine, «An interview with Fernando Henrique Cardoso», *Journal of International Affairs*, 58 (2005).

24. Roser, Max, y Ortiz-Ospina, Esteban, «Income inequality», *Our World in Data* (octubre de 2016).

Las políticas de Perú son crónicamente caóticas, y el país ha tenido once presidentes desde el cambio de milenio; pero, desde la liberalización económica de la década de 1990, la economía ha crecido un 150 por ciento bajo el gobierno de nacionalistas y populistas, tecnócratas y radicales de izquierda. La pobreza extrema se ha reducido en un 85 por ciento. Semejante progreso crea nuevas formas de descontento, ya que los que se han quedado atrás quieren sumarse, y los que salen adelante aumentan sus expectativas. Aprovechando esta ola, radicales de izquierda han sido elegidos recientemente presidentes en Chile y Perú. Pero el aspecto más fascinante de la victoria del populista de izquierdas Pedro Castillo en las elecciones presidenciales de Perú en 2021 fue su mensaje de campaña: «No más pobres en un país rico». A nadie se le habría ocurrido calificar Perú de «país rico» en 1990, cuando era tan pobre como la República del Congo.

¿Por qué no en África?

Hablando de la República del Congo (o Congo-Brazzaville), en la mayoría de los debates sobre el desarrollo mundial se menciona el África subsahariana como una especie de sinónimo de desesperanza. No siempre fue así. En la década de 1960, la mayoría de los países africanos eran más ricos y tenían un mayor crecimiento que los asiáticos, y disfrutaban de más recursos naturales. Economistas como Gunnar Myrdal creían más en África que en Asia, donde les preocupaba que los gobiernos no fueran lo bastante fuertes para impulsar la industrialización y se consideraba que las posturas confucianas bloqueaban la innovación y el desarrollo. En 1967, el economista jefe del Banco Mundial elaboró una lista de siete economías africanas de las que opinaba que podrían crecer más de un 7 por ciento anual. Treinta años después, otros dos economistas del Banco Mundial concluyeron que esos siete países habían registrado desde entonces un crecimiento negativo.²⁵

25. Los siete eran Gabón, Guinea, Liberia, Zambia, Nigeria, Congo (Leopoldville, ahora República Democrática del Congo) y Rodesia (ahora Zimba-

El África subsahariana no es la parte más pobre del mundo porque la región carezca de las condiciones económicas necesarias para el crecimiento, sino porque ha carecido de libertad. Su economía se basa en un desarrollo de hace siglos. Mucho antes del colonialismo, muchos africanos padecieron el despotismo y los conflictos, y antes del tráfico de esclavos transatlántico, sufrieron un comercio de esclavos indígena y otro transahariano. No obstante, como ha demostrado el economista ghanés George Ayittey, también existe una sólida tradición africana de propiedad privada y mercados con precios libres. La mayor parte del continente estaba integrada en vastas redes comerciales en las que mercaderes, mercancías y divisas circulaban libremente.²⁶

Los colonizadores europeos socavaron estos mercados de dos maneras: en parte, dividiendo el continente y aislando a las poblaciones entre sí; en parte, creando estructuras centralizadas en cada colonia, donde se saqueaba a agricultores y trabajadores para enriquecer a barones ladrones a miles de kilómetros de distancia. La siguiente tragedia fue que, cuando los países africanos obtuvieron su independencia tras la Segunda Guerra Mundial, las élites nacionales no desmantelaron las estructuras coloniales, sino que se apoderaron de ellas. Independientemente de que los nuevos dirigentes se autodenominaran héroes de la liberación, marxistas, nacionalistas o anticomunistas, se convirtieron en ocupantes que siguieron saqueando a sus pueblos. Se apoderaron de los recursos naturales para enriquecerse y obligaron a la población rural a producir alimentos a precios muy por debajo de los precios de mercado.

Lo que los economistas occidentales consideraban hombres fuertes que impondrían la estabilidad y el desarrollo eran, en realidad, saqueadores que vaciaban sus tierras en busca de recursos.

bue). Kamarck, Andrew, *The economics of African development*, Prager, p. 247, Estados Unidos, 1967. Easterly, William, y Levine, Ross, «Africa's growth tragedy: policies and ethnic divisions», *The Quarterly Journal of Economics*, 112, 4 (noviembre de 1997).

26. Ayittey, George, *Indigenous African institutions*, 2.^a ed., Brill, Países Bajos, 2006.

En casi todos los países se aplicaron estrictos controles gubernamentales, economías planificadas y sustituciones de importaciones en mercados nacionales débiles, aislados de sus vecinos por fronteras arbitrarias. A menudo, incluso se introdujeron aranceles internos para sofocar el comercio espontáneo. Los dictadores africanos tenían muchos objetivos contrapuestos, pero la presidenta del Club del Sahel, Anne de Lattre, resumió en una ocasión su denominador común: «Bueno, hay una cosa en la que todos estamos de acuerdo: que hay que fusilar a los comerciantes privados».²⁷

Los países occidentales empeoraron la situación al enviar ayuda al desarrollo a economías no democráticas y cerradas por el mero hecho de ser antiguas colonias, lo cual enriqueció a los déspotas y prolongó la opresión. Al entregar enormes cantidades de capital a los dirigentes de países desesperadamente pobres, Occidente intensificó una tragedia creada por la nacionalización de los recursos naturales: el camino hacia la riqueza para los grupos desfavorecidos era tomar las armas e invadir las capitales.

La situación derivó en una orgía de corrupción, dependencia de la ayuda y subdesarrollo. Los principales exportadores de alimentos pronto pasaron a depender de las importaciones para sobrevivir. Las empresas estatales, que debían aportar gloria y prosperidad, se limitaron a destruir la riqueza al convertir todos los recursos valiosos en productos caros y sin valor. Lo único que salvó a las fábricas de destruir aún más valor fue que las compañías eléctricas mal gestionadas provocaron constantes cortes de electricidad. Al igual que en Latinoamérica, los países africanos prolongaron esta marcha de la muerte mediante el endeudamiento, y, al igual que en Latinoamérica, la crisis de la deuda de la década de 1980 se volvió devastadora. Las máquinas se pararon, los camiones se detuvieron y no hubo entregas de alimentos ni medicinas. A mediados de la década de 1980, muchos de los países con las tierras más ricas y los mayores recursos naturales eran más pobres de lo que habían sido en el momento de la independencia; excepto, por supuesto, los líderes cuya ideología se ha llamado a veces socialismo de banco suizo. Una generación de

27. *Ibidem*, p. 486.

niños perdió estatura debido a la malnutrición, pero los coches y yates de los dirigentes fueron cada vez más grandes.

En un intento de salir de ese terreno pantanoso, muchos países africanos aplicaron reformas en la década de 1990, reformas que me hicieron escribir, en *En defensa del capitalismo global*, que no era imposible que el siglo XXI se convirtiera en «el siglo de África». Las reformas no han continuado de un modo que lo haga probable, pero el crecimiento medio per cápita en el continente ha aumentado del 0,2 por ciento en 1980-1999 al 1,6 por ciento en 2000-2019. A lo largo de este período, los países africanos que abrieron sus economías al exterior crecieron tres veces más deprisa que los que no lo hicieron. En conjunto, el PIB per cápita de África creció un 35 por ciento entre 2000 y 2019, más rápido que el de todo el mundo. La pobreza extrema se redujo de casi el 60 por ciento a poco más del 40 por ciento. La producción industrial casi se duplicó, y la proporción de la población que trabaja en el sector industrial ha aumentado.²⁸

A menudo se dice que África está condenada al subdesarrollo debido a la historia, la geografía, la etnia, la cultura, el clima, las enfermedades, la sequía o cualquier otro factor. Pero ¿cómo sabemos que no se trata más bien de que dirigentes corruptos destruyen las posibilidades de los africanos mediante el control, la corrupción y la confiscación? Imaginemos que un país africano hubiera tomado un camino diferente tras la independencia, hubiera desarrollado la democracia, tribunales independientes y libertad de prensa y hubiera apostado por la libre empresa, los impuestos bajos y el libre comercio. ¿No podría haber funcionado también allí, aunque el país careciera de costa, fuera desértico en su mayor parte y se viera más afectado que otros por enfermedades como el sida?

De hecho, hay un país así: Botsuana, en el sur de África. ¿Cómo ha funcionado? Muy bien, gracias. De hecho, mejor que ningún

28. Archibong, Belinda; Coulibaly, Brahim, y Okonjo-Iweala, Ngozi, «Washington consensus reforms and economic performance in sub-Saharan Africa: lessons from the past four decades», AGI, documento de trabajo 27 (febrero de 2021).

otro país del mundo. Durante los cuarenta años posteriores a 1960, los llamados tigres asiáticos y China crecieron anualmente entre un 5,2 y un 5,8 por ciento per cápita. Botsuana, en cambio, creció un increíble 6,4 por ciento de promedio, más de diez veces más rápido que la media mundial.²⁹ Desde 1985, la pobreza extrema se ha reducido del 42 al 15 por ciento en Botsuana, frente al 40 por ciento en el conjunto de África.

Algunos objetarán que esto se debe únicamente a que Botsuana tiene diamantes. Pero contar con recursos naturales valiosos es más la norma que la excepción en África, y a menudo es algo que crea conflictos y estancamiento. Lo que distingue a Botsuana en la región no son los recursos, sino que no los nacionalizó. De hecho, los privatizó, y, tras independizarse del Reino Unido en 1966, creó un marco regulador estable que atrajo la inversión extranjera.³⁰

Hay otro país africano que ha tenido un alto grado de liberalismo económico durante mucho tiempo: la República de Mauricio. En 1961, el premio Nobel James Meade predijo que en un país tan pequeño, con divisiones étnicas, sin recursos naturales y dependiente de un único producto básico (el azúcar), las «perspectivas de desarrollo pacífico son débiles». No obstante, precisamente por ser tan pequeño, Mauricio se dio cuenta pronto de que no podía prescindir del comercio mundial, y la sustitución de importaciones se abolió ya en la década de 1970. El país introdujo zonas francas industriales donde pudo crecer una industria textil desregulada, y la economía ha seguido diversificándose con un moderno sector de servicios. Tras un alto crecimiento ininterrumpido, Mauricio fue clasificado por el Banco Mundial como país de renta alta en 2019. Aunque retrocedió debido a la COVID-19, es probable que pronto vuelva a subir. En la actualidad, Mauricio y Botsuana tienen un PIB per cápita similar al de un país de la UE como Bulgaria.

29. Banco Mundial, *Economic growth in the 1990s: learning from a decade of reform*, p. 271, 2005.

30. Beaulier, Scott A., «Explaining Botswana's success: the critical role of post-colonial policy», *Cato Journal*, 23, 2 (2003).